

dable el ejercicio de la razón y de la libertad; templar públicamente en un raudal de caridad y de justicia la espada divina de la autoridad; estos eran los pensamientos inspirados á un tiempo mismo al Pontífice y al levita (1). Pero al propio tiempo, las innovaciones introducidas por Pio IX en el gobierno de sus estados, aquella confianza audaz, en apariencia temeraria, en la cordura de su pueblo, presentaban un carácter que no se hallaba en igual grado en el sistema aconsejado por el publicista español al gobierno y al pueblo de su país (2). De aquí provino sin duda alguna la dilación en formular un homenaje público.

«Esta cuestión (escribía un amigo suyo) era para él una de aquellas acerca de las cuales solía decirnos: *«sobre este punto tengo abierta discusión en mi cabeza.»* Por fin, á él mismo hubiera parecido reprehensible guardar por más tiempo silencio. Ataques apasionados contra la política del sucesor de Gregorio XVI salían todos los días de las filas del partido más religioso y del seno del clero en España. La exaltación podía conducir algunos ánimos hasta el extremo de que todo les fuera sospechoso en el Pontífice. BALMES estaba persuadido de las virtudes y de la piedad de Pio IX. Cuando

(1) Véase especialmente el tomo tercero de la obra del *Protestantismo*.

(2) Después se verá la opinión circunstanciada de Balmes acerca de la monarquía y las diversas formas de gobierno.

regresó de Francia se supo que un escrito suyo titulado *Pio IX*, salía á luz de las prensas de Aguado.

Este escrito era breve: pero ¡qué pensamientos y qué cuadros en tan pequeño número de páginas! Era el panorama de la historia, de la filosofía, de la política, trazado en unos cuantos rasgos, alumbrado por una luz que parecía tanto un destello anticipado del porvenir, como un reflejo de lo pasado. De frente á la institución del Pontificado, sostenida visiblemente por una mano divina, colocaba BALMES las demás instituciones terrenas, haciendo de esta manera que se redujesen á sus mezquinas proporciones. Presentaba á la Europa dividida entre dos imperios, el de la fuerza material y el del espíritu. Por una parte, la aristocracia rusa y la aristocracia inglesa; por otra la propaganda francesa, fuerza sutil, invasora, pronta á romper todos los diques. Estos dos poderes, enemigos entre sí, lo eran al mismo tiempo de la Iglesia; la Iglesia, pues, tenía el deber de dulcificarlos, de contenerlos, de domarlos. El mundo estaba avocado á uno de sus grandes movimientos: iba á pasar á un nuevo estado, «que el

débil espíritu del hombre presentaba, pero que no hubiera sabido definir de antemano. Era preciso que la doble soberanía de la Santa Sede, temporal y espiritual, salvase el trastorno profundo á que la Europa estaba destinada.» Esta doble autoridad, de inestimable precio para los intereses confundidos de la humanidad y de la Iglesia, debía continuar respetada en el seno de la transformación general de las ideas y de las costumbres. En una palabra, el nuevo Pontífice estaba llamado «á resolver para su época el problema que cada uno de sus predecesores había resuelto para la suya.»

Tal era el pensamiento de la obra. Jamás había despedido mas viva claridad la elocuencia de BALMES; algunas páginas especialmente consagradas á caracterizar á la Francia, eran dignas de las plumas mas ilustres. En la segunda parte de nuestra obra se hallará un resumen y citas de este folleto.

La aparición del *Pío IX* causó una sensación singular en el público de Madrid y de España. Los amigos de BALMES, sus admiradores, experimentaron casi sin escepcion un sentimiento que les condujo no al elogio, sino al vituperio. Los mas adictos, los mas sumisos á la voz del maestro, se limitaron á cuestionar acerca de la oportunidad del escrito. Las reformas políticas hechas por *Pío IX* parecían á la gravedad española impruden-

tes, excesivas; sentimiento que aumentaba en vista de los elogios que tales reformas obtenían, así en España como en el resto de Europa, de todas las plumas y todas las voces revolucionarias. BALMES, verdad es, citaba cuidadosamente las reservas hechas por *Pío IX* en provecho del principio de autoridad; lo que únicamente aprobaba era una reconciliación mas amplia entre la libertad y el poder. Esto era para Roma y para el resto del mundo, lo mismo que él había tratado de conseguir para su patria por el matrimonio de la Reina Isabel con el heredero de D. Carlos. Tal podía ser á los ojos del vulgo su justificación: pero preciso es convenir en que para los hombres de experiencia, la confianza de BALMES en los actos de *Pío IX* no podía ser esplicada sin la intervención de un sentimiento superior á la mera prevision política.

Al mismo tiempo que sus amigos mezclaban en su crítica la expresión habitual de su simpatía, otros adversarios oscuros atacaron al autor del *Pío IX* por medio del sarcasmo, la injuria y la calumnia (1). BALMES recibió entonces por vez

(1) Hubo quien, con motivo de este libro, llegó hasta imputarle miras de ambición y de orgullo. Se dice que en aquella ocasión había contribuido Balmés á la elección de muchos obispos para las sedes vacantes de España, influyendo para ello por medio de sus conferencias con Mñor. Brunelli enviado apostólico. Amante de su libertad y de sus satisfacciones de escritor, desechaba toda dignidad eclesiástica con que pudiera verse favorecido; pero de esto mismo tomaron motivo algunos para imaginar que aspiraba al cardenalato.

primera un ultraje salido de entre los mismos que siete años hacia estaban tributándole un homenaje tan universal. Algunos discípulos suyos, movidos por un celo espontáneo, tomaron á su cargo responder á los insultos (1): él permaneció fiel á su dignidad, sin cuidar de justificarse mas que en la estimacion de sus mas apasionados amigos.

Antes de salir para Paris habia dicho: «La cuestion del cambio de la política romana es la mas grave y difícil de cuantas se agitan en Europa. Pero no me causa inquietud: en aquel pais todo está sujeto por una cadena de oro cuyo primer anillo se halla prendido al cielo.» Pio IX, decia algun tiempo despues, es un hombre de oracion en sumo grado. Hé aqui por qué no tengo temor alguno por el resultado.—¿Qué puede la revolucion contra un hombre unido á Dios, que sin levantarse de su trono dice: «No me moveré de este sitio. Si tal vez llega á faltar este, otro ocupa su puesto. Por otra parte, ¿qué serian Roma y la Italia sin el Papa? Sino residiera en aquel pais, seguramente no tardarian en ir en busca suya.»

«Tal vez estaré soñando, decia tambien; pero si sueño puedo aseguraros por lo menos que

(1) La lista de los folletos y escritos de todo género publicados en diversas poblaciones de España en pro ó en contra del Pio IX es larga. Seria supérfluo reproducirla en este sitio.

sueño despierto completamente.» Confesaba no haber escrito jamás con tanto entusiasmo: mas de una vez se habia visto precisado á dejar la pluma por temor de ceder á su exaltacion. «Con la publicacion de esta obra, dice D. Antonio Soler, quiso evitar que España diese al Pontífice la mas leve señal de descontento ó desconfianza. Bastaba la idea de una protesta, aunque fuese disfrazada con un pretesto especioso, para hacerle estremecer.»—«Se ha interpuesto entre los ultrajes y el Pontífice; escribe otro amigo suyo: *Balmes se ha ofrecido en holocausto por el catolicismo.*»—Se ha notado que desde la publicacion de su escrito, ninguno se atrevió á poner en duda la piedad ni las demas virtudes de Pio IX.

D. Antonio Ristol, antiguo y fiel confidente de BALMES, tachaba tambien de importuna la publicacion del *Pio IX*. «Ten entendido, le dijo su amigo, que es un deber de conciencia lo que me ha obligado á tomar la pluma. Mi conviccion de haber obrado bien es tal, que si tuviera que escribir otra vez mi *Pio IX*, ni añadiría ni quitaría una palabra siquiera. Mi obra no ha sido comprendida.» Refiérese que estas espresiones salieron de su boca constantemente hasta el último instante de su vida.

Asi pues, el postrer acto público de BALMES ha sido inmolarsé al pie del trono en que reposa la doble magestad del pontificado. Si la política

inaugurada en los Estados romanos no estaba muy acorde con los pensamientos que generalmente dominaban al escritor español, la adhesión formulada por él en su *Pío IX* ha sido una prueba de la sencillez de su fé superior á la tenacidad de sus opiniones. Sin procurarlo, sin pensarlo, BALMES borraba de este modo la opinión de terco y apasionado que, en el ánimo de algunos de sus compatriotas podía unirse al recuerdo de su larga lucha con motivo del matrimonio de la Reina. En cuanto á la gloria ó al descrédito que su última obra podrá imprimir en su renombre de publicista, él está seguro, en todo caso, de compartir la suerte del desterrado de Gaeta. El porvenir escribirá sobre este libro la palabra *error*, y este error tomará para BALMES el nombre de *ilusión de la fé*, así como para el Pontífice tomará el de *ilusión de la caridad*. Por nuestra parte, llenos de confianza en el juicio que pronunciará la posteridad, admiramos desde ahora en el escritor un presentimiento extraordinario de la obra divina llevada á cabo por el Pontífice á costa de tantas angustias y de tantas lágrimas.

## XXVIII.

La amargura con que agobiaban en España al

autor de *Pío IX* no tardó en aumentarse con las noticias que llegaban del extranjero. Dos meses después de la derrota de *Sunderbund*, la catástrofe del 24 del febrero en Francia hacia brotar todos los peligros ocultos en el seno de la aparente seguridad de la Europa. España con su espíritu público, secundado valerosamente por la espada, rechazaba el contagio, de la manera que un cuerpo vigoroso atraviesa impunemente una atmósfera apestada. Pero la Italia no tenía este privilegio. El mismo BALMES, profeta demasiado perspicaz, había vaticinado con una exactitud desconsoladora, los acontecimientos de que era teatro Francia. Antes de espirar solo fué testigo de los preludios de la revolución romana. Será curioso buscar en sus escritos póstumos, cuáles fueron sus últimos pensamientos acerca de las actuales preocupaciones de Europa. Entre estos escritos se halla uno acerca de la *República francesa*.

Poco antes de los grandes acontecimientos de febrero y marzo de 1848, había salido BALMES de Madrid para retirarse á Barcelona. Toda su actividad se concentraba entonces sobre un trabajo algo extraño á las ocupaciones de los años anteriores. Traducía al latín su *Curso de filosofía elemental*, y reavivando las reminiscencias de aquella edad en que escribía más fácilmente en latín que en castellano, se dedicaba á formular su pensamiento conforme al génio más puro de la len-

gua de Ciceron. A este trabajo se unia un recuerdo de su último viaje á Francia. Mr. Affre, tan próximo entonces á la gloria del martirio, habia conversado con BALMES, haciendo uso de aquel sencillo é interesante sentimiento que en la memoria de cuantos le oyeron ha dejado una impresion indeleble. Este le habia aconsejado que tradujese *El Compendio de Filosofía* al latin, y como doctor que tambien era Mr. Affre, ofrecia el derecho de asilo á su doctrina en el momento en que se hallase revestida de las formas clásicas, necesaria para connaturalizarla en las cátedras del clero.

«El 11 de mayo, nos dice D. F. M. Cuadrado (1), ví á BALMES en Barcelona. La version latina de su *Curso de filosofía elemental* para uso de los Seminarios, le ocupaba y le fatigaba; pero sin desvirtuar en lo mas mínimo la serenidad de su ánimo ni los encantos de su trato. Nuestras palabras, comprimidas por una separacion de dos años, salian en precipitados torrentes de nuestras bocas. La conversacion fué viva, expansiva, y no careció de alegría. La política, las cuestiones sociales ocuparon la menor parte. Al cabo de una hora se habia unido á nosotros un tercer interlocutor. Este era el jóven literato D. Pablo Piferrer. Establecióse entre nosotros una afectuosa discusion acerca de la diversidad de nuestras facultades, y los rasgos distintivos de nuestros caracté-

(1) Revista Hispano-Americana, entrega tercera.

res. Cada cual se esforzaba en conceder la ventaja á los otros. «*Hasta la noche; hasta la vuelta.*» Estas fueron las fórmulas de un adios que habia de ser eterno. La primera noticia que tuve de la enfermedad de BALMES, enfermedad que todavia no causaba inquietud alguna, la debí á la pluma de Piferrer.....

«Ahora una muerte casi simultánea ha reunido estos dos nombres, igualmente puros, igualmente queridos, ya que no se hallen rodeados de igual celebridad. El uno de ellos lo dió todo á la inteligencia, el otro todo á la imaginacion: en el primero, la filosofía, la ciencia del publicista; en el otro, las inspiraciones de la poesía y del arte. Nacidos en la misma provincia; dominados por la misma fé; ligados con recíproca estimacion, estaban confundidos en la amistad del que traza estas líneas. Piferrer tenia treinta años; BALMES tenia treinta y ocho. El mas jóven avanzaba rápidamente á aquella madurez de talento á que el primero habia llegado desde su primer paso. Delante de ellos un porvenir honroso, de poder intelectual, de riqueza en las regiones del Espíritu; en ambos un ardor impaciente de crear, cien proyectos concebidos y acariciados con exaltacion; todo se ha desvanecido como un sueño (1).

(1) Don Pablo Piferrer murió el 25 de julio en Barcelona, unos dos meses despues de la conferencia en que se reunieron los tres amigos por la úl-

## XXIX.

Se recordará la primera enfermedad que estuvo á punto de arrebatár la vida á Balmes, cuando tenía diez y siete años, estando en la universidad de Cervera. Después, en la primavera de 1841, sufrió un segundo ataque de la misma naturaleza; una fiebre catarral que solo cedió por la eficacia de un remedio que le fué recomendado muy á menudo, pero muy vanamente: *el reposo*. La mayor parte del tiempo que ha consagrado á la vida pública, fué, en cierto modo, disputado por él á los sufrimientos y á la muerte. Cuando se alejó de Madrid por la última vez, como un pobre pájaro que inútilmente procura libertarse de los perdigones que le han herido (1), llevaba ya, dice D. Antonio Soler, una herida oculta. Habían llegado el término de sus esfuerzos y el día de la recompensa.

«El 14 ó el 15 de mayo, nos dice D. Miguel tima vez. Este joven poeta, de corazón apasionado, de pensamientos profundos, había emprendido una publicación inmensa, titulada *Recuerdos y Bellezas de España*. El arte, la erudición y la poesía se dan la mano en esta obra. Solo han visto la luz dos tomos: uno acerca del *Principado de Cataluña*, el otro acerca de la *Isla de Mallorca*. Don F. M. Cuadrado será el continuador de estos trabajos.

(1) Palabras que él mismo empleó aplicándolas á uno de sus amigos desde la infancia.

Balmes, su hermano, estábamos solos hablando, sentados en un canapé, cuando de pronto se apoderó de él un temblor espasmódico.» Aquel era el primer síntoma de un mal que desde el primer instante fué considerado como irremediable. La noche siguiente se apoderó de él el insomnio. Los médicos le aconsejaron que fuese á respirar el aire vivificador de las montañas natales. Su hermano y toda la familia de este salieron con él de Barcelona el 28 de mayo, y le acompañaron á Vich. En los primeros días que siguieron al de su llegada, un alivio momentáneo hizo esperar que se restablecería. Una vez salió á paseo; recorrió con paso vacilante ya los mismos lugares en que había pasado su estudiosa juventud. Inútil remedio. «Pronto, nos dice D. Antonio Soler, aquella inteligencia tan lucida comprendió que se acercaba su hora postrera. El aceptó el sacrificio sin murmurar. Sin embargo, púdose notar en él cierto vago deseo de conservar la existencia; último instinto de nuestra naturaleza que prueba hasta qué punto es verdad que la muerte es un castigo.»

El 19 de junio todavía se levantaba Balmes, y gustaba de ver en torno suyo reunidos algunos amigos. El cuidado de sus parientes limitaba todo lo posible el número de visitas. El 21, él mismo pidió un confesor. Le hablaron del Santo Viático. Al día siguiente en que se celebraba la festividad del Corpus, fué consagrada la hostia en su habita-

cion. «Acaba de recibir á Nuestro Señor con mucha devocion» escribe el canónigo Soler. Dos dias despues, un médico muy acreditado en Barcelona, el doctor Gil, llamado para consulta á Vich, declaraba de conformidad con sus compañeros, que la enfermedad era una tisis pulmonar llegada á un grado tal, que ya era incurable.

«No podriais figuraros, escribe D. Miguel Balmes, la resignacion que ha conservado en medio de sus sufrimientos. Ninguno de nosotros ha oido salir de su boca un suspiro siquiera.» ¡Qué consuelo, escribe el canónigo Soler (1), es el de verle de aquella manera inmolado sobre el altar de la voluntad divina! El no quiere mas que lo que Dios quiere y como Dios lo quiere: presagio feliz de que aquella alma grande, abismada pronto en el seno mismo de Dios, empezará á cumplir por una eternidad en medio de delicias sin fin, la voluntad divina.» Poco antes de agonizar, habiéndole preguntando uno de sus amigos cómo se encontraba: «Gracias á Dios, voy bien, respondió BALMES. En mí hay dos hombres; uno *espiritual*, otro *corporal*. Del hombre corporal me ocupo muy poco.» Los dos últimos dias de su vida pasaron en contiúas convulsiones, accesos de delirio y angustias. Durante los intervalos de calma y lucidez, su alma, sostenida, exhortada por las palabras de un amigo, permanecia elevada á Dios. Por segunda vez se le

(1) Esta carta tiene fecha 7 de julio.

habia administrado el Santo Viático; entonces recibió tambien la Extremauncion. «Dos horas antes de espirar dió á entender que deseaba ver á su confesor. Apenas le vió BALMES, exhaló su contricion con muestras de un dolor que conmovia. Se colocó junto á su cama una piadosa efigie de la Santa Virgen, y los ojos del moribundo se fijaron con afan en aquella imágen. Su alma pasó á manos de María para ser presentada por ella al juez supremo de vivos y muertos. Asi espiró BALMES: grande en su vida, no menos grande en su muerte (1).

Era el dia 9 de julio á las tres y veinte minutos de la tarde (2), «BALMES, dice D. Antonio Soler, murió como habia vivido: pocas palabras, mucha meditacion, ninguna queja, ningun pensamiento amargo. Los designios providenciales á que siempre tributó tanto respeto, fueron para él en aquel momento supremo, objeto de profunda veneracion. Ha recibido todos los auxilios contenidos en los Sacramentos. El dia del Corpus, en particular, se celebró la misa en su habitacion y

(1) Otra carta del canónigo Soler.

(2) M. de Chateaubriand, en Francia habia fallecido cuatro dias antes. Asi, dice un biógrafo, la Iglesia ha perdido casi en un mismo instante dos de los hombres que mas victoriosamente la han defendido, el uno por medio de la filosofia, el otro por los encantos poéticos (Ant. Soler). Fácil será señalar ademas algunas otras diferencias entre estos dos servidores de la Iglesia.

En uno de sus últimos viages á Francia, D. Jaime Balmes vió á M. de Chateaubriand, y le dijo: «La España está enferma.»—«No solo la España sino Europa entera,» respondió su ilustre interlocutor.